

Jordi Amat

Una capital sin museo

Como en medio mundo aquí los palos de *selfie* son el producto estrella de los vendedores ambulantes. También muchos fulares y a la altura de las fuentes de Carles Buïgas incluso trenecitos de madera, donde cada vagón es una letra que permite escribir un nombre. Los principales souvenirs locales son los abanicos flamencos. También hay tazas de café estampadas con toros y bailaoras. Dragones del Park Güell multicolores. Imanes para decorar la nevera que reproducen la fachada de la Sagrada Família. Los manteros despliegan su mercancía con total impunidad para ofrecerla a la gente del Museu Nacional d'Art de Catalunya. Mañana luminosa de este noviembre seco. Ni rastro de camisetas con el Pantocrátor de Taüll, pero sí del Barça, el Madrid o el PSG. No hay un Miró convertido en gadget. Ni un Dalí. Es la prueba del mantero. Y no engaña. Hay más turistas en la terraza, contemplando las vistas con el Tibidabo al fondo, que visitando las exposiciones. El MNAC todavía es un reclamo menor.

Hoy hace una semana este diario empecé una discusión necesaria sobre el estado de la cultura en Barcelona. Adictos como somos a la actualidad cotidiana del proceso soberanista –que ha situado el debate político y la convivencia civil en la agonía permanente (los políticos siguen en la prisión, ojo, debe repetirse)–, nos vamos desconectando de otras problemáticas que condicionarán también nuestro futuro. Por eso vale la pena ampliar la agenda informativa. Como mínimo intentar. Y quizás no haya estrategia más fecunda –porque Catalunya está en el mundo, sobre todo, porque existe Barcelona– que diagnosticando asuntos pendientes que debería afrontar nuestra ciudad.

El momento es óptimo porque es crítico. Ahora, con el peligro de la pérdida de prestigio internacional acumulado desde el 92 y la fría sangría de la descapitalización económica, la ciudad tendría que identificar taras y retos para afianzar su posición como una de las capitales europeas del Mediterráneo. Y, en el tema que nos ocupa, más allá de la resonancia magnética de algunos festivales privados –el Sónar, el Primavera Sound– o su antigua centralidad en la vida editorial hispánica –el cambio de sede de Pla-

neta es un punto de inflexión–, entender los porqués de una falta de oferta cultural institucional equiparable al atractivo indiscutible que todavía mantiene la ciudad.

El MNAC es el mejor paradigma. Incluso lo es su recinto, el anacrónico Palau Nacional. Son paradigma por aquello que querriamos que el museo fuera y al mismo tiempo lo es por aquello que, en la práctica, no puede dejar de ser. Cuando hace pocos años se in-

Barcelona es una capital sin un gran museo porque la cultura no es una prioridad cierta para quienes gobiernan el país

auguró el replanteamiento de las salas de arte moderno –liderado por Juan José Lahuerta–, en las páginas del *Cultura/s* Artur Ramon expresó un deseo esperanzado. “El MNAC es nuestro Louvre, nuestro British, nuestro MET y nosotros tenemos que ser sus mejores preceptores”. Claro que que-



JOMA

riamos que jugara en la Champions de los museos del mundo, pero no tiene el fondo ni el presupuesto para poder competir.

Es una paradoja. Porque desde sus orígenes, en tiempos románticos, el MNAC ha tenido una vocación de museo nacional para inscribir el arte catalán en la gran historia de la cultura europea. Pero los museos que cumplen este propósito tienen que estar alimentados por un secular coleccionismo imperial. No es el caso. Ni fue suficiente la tarea ejemplar de sustitución asumida por el mecenas Francesc Cambó. El MNAC, en cambio, despliega como joya el románico fascinante, pero el arte medieval cotiza a la baja entre el interés general. ¿Cómo intervenir?

La propuesta de Lahuerta, avalada por un buen director como Pepe Serra, acertaba replanteando aquella servidumbre fundacional. En el primer piso del museo ahora se puede recorrer una visión que, trascendiendo el marco nacional restrictivo, ofrece una interpretación temática de la modernidad estética que de manera convincente tiene el arte catalán como eje. Pero sin un discurso que lo refuerce –en la tienda no hay un catálogo como Dios manda, las temporales no dialogan con esa visión (vale como excepción *Picasso romànic*)– ni sin poder colgar obras de primer nivel –no hay una sola pieza de postal de las grandes estrellas de la vanguardia catalana–, el MNAC difícilmente podrá convertirse en la institución cultural medular que, propulsada a través de la inversión pública, potencie el prestigio de la ciudad y enriquezca su atractivo ensombrecido.

Porque la inversión, naturalmente, sigue drenando la posibilidad de profundizar en un modelo que querría ser más atractivo. Lo sabe antes que nadie, y se queja, el director Serra (y lo denunció, aquí y con rotundidad, Ignacio Orovio). Nada ha cambiado demasiado. El presupuesto actual garantiza el mantenimiento de la estructura, pero poca cosa más. Una mínima política de adquisiciones sigue bloqueada y no es realista plantear programas atrevidos. El museo sigue malherido por los recortes salvajes. Conclusión: Barcelona es una capital sin un gran museo porque la cultura no es una prioridad cierta para quienes gobiernan el país. Professor Subirats –nuevo comisionado de Cultura, ¡ánimos!●

Pilar Rahola



La radio

De repente nos encontramos Antoni Bassas y yo misma en el salón de plenos del Ayuntamiento de Badalona, reconvertido en estudio de radio.

Al lado de las sillas de los concejales, una mesa improvisada, dos micrófonos y un público amable que nos esucha. Cerca de donde estamos, una pareja se está casando y el periodista para la conversación: los novios van a darse el sí y quiere conectar en directo. Él se emociona y barbotea las palabras del ritual; la novia, más serena, las repite con precisión y la sala aplaude con entusiasmo: ¡el amor, que siempre es contagioso! Y así, de una manera sencilla, vamos haciendo vía hablando de nuestra experiencia radiofónica, en un especial homenaje a los mil programas de Radio Ciutat de Badalona. Mil programas... la tozudez de las esforzadas radios públicas locales, horas y horas de buen trabajo para explicar la realidad próxima, sin otra ambición que el servicio a los ciudadanos.

En algún momento hablamos de la radio en genérico, esa herramienta de comunicación fascinante que traspasa la coraza de quien la escucha, y se convierte en cómplice. Personalmente no rechazo ningún formato comunicativo, porque cada uno de ellos

La radio está a medio camino entre la fugaz inmediatez de la TV y la frialdad de la palabra escrita

–radio, televisión, diarios, redes– tiene su manera de enviar palabras, ideas, y emociones, y, por lo tanto, de comunicarse. Y creo, también, que aquellos que tenemos el honor de poder lanzar ideas a través de los micrófonos, las pantallas y el papel escrito, tenemos la obligación de encontrar el lenguaje adecuado a cada formato: más denso, en la palabra escrita; más volátil en la televisión, más íntimo en la radio. Las ideas son las mismas, los idiomas comunicativos tienen que ser diferentes.

Pero, sin que ningún formato sea mejor que los otros, es cierto que la radio tiene algo mágico. A menudo se lo he escuchado a Jordi Basté, otro enamorado del medio, y participo de esta pasión por las ondas. La televisión provoca un impacto instantáneo y su poder es tan potente como a menudo fugaz; la prensa escrita es justo lo contrario, más compleja, con una influencia más tardía, pero, al mismo tiempo, con mucha más durabilidad. “Aquello que queda escrito, siempre nos persigue”, me decía hace años un sabio, y eso obliga a una mayor profundidad y, probablemente, a una mayor responsabilidad. Pero tiene un punto de frialdad, como si marcara distancias con el lector. La radio, en cambio, está a medio camino entre la alegre y desinhibida inmediatez de la televisión y la frialdad arrogante de la palabra escrita. Es una conversación en la mesa, con la intimidad del sonido de la palabra como único apoyo, pero al mismo tiempo con la cadencia de la voz, que lo acompaña. McLuhan lo dijo mejor que yo, y con él me quedo: “La radio afecta a la gente de una forma muy íntima, de tú a tú, y ofrece todo un mundo de comunicación silenciosa entre el locutor y el oyente”. Es decir, una conversación al oído.●

Cristina Sánchez Miret

Elogio a la libertad

Conozco personalmente a dos de los encarcelados –Dolors Bassa y Jordi Sánchez– y no hay ni día ni noche que no piense en ellos. Pienso en todos los que están en prisión. No es un mérito, es que no puedo entender cómo hay quien menosprecie, ridiculice, o incluso aplauda, una barbaridad como esta. No me hace llorar mi vínculo emocional, lloro desde mi racionalidad.

Pienso en todos los que están pendientes de juicio por haber defendido una idea de manera pacífica y democrática. Lo hemos visto en otros países y en otros momentos; no es nuevo, pero no por ello deja de ser terrible. Se puede explicar como se quiera, se puede doblegar la realidad hasta hacerla opuesta a los hechos; pero ahora si alguien no sabe lo

que está pasando, es exactamente porque no quiere saberlo o piensa sacar provecho personal de ello. Eso tampoco es nuevo; es tan viejo como el mundo.

Así y todo, no puedo entender –lo dejaré aquí– a aquellos y aquellas que ahora mismo están haciendo leña de los encausados. Que haya actores sociales de nuestro país –desde políticos hasta periodistas– significados, cuando menos en su discurso, en la lucha por los derechos de las personas, que se atreven a decir que están esperando a que salgan para pedirles explicaciones y que no se les caiga la cara de vergüenza al hacerlo.

¿Qué explicaciones quieren? ¿Qué significa estar encerrado? ¿Cómo los han tratado? ¿Si se han respetado sus derechos? Diría que no. No hay duda de que las cosas –las que se hacen y las que no– tienen una intención más allá de la declarada.

Más todavía cuando no veo que reclamen explicaciones a los que los han puesto en prisión. Ni están vigilantes de cómo de controvertidas, democráticamente hablando, son las acciones del Estado. Son los mismos que dicen que la política no se tiene que judicializar, pero no veo que estén haciendo nada, ni siquiera política, para que salgan inmediatamente de la cárcel. Y pretenden seguir con la vida política como si nada hubiera pasado. ¿Qué política!

Una parte muy importante de la clase política de este país está justificando y banalizando –y, mirándose en ella, una buena parte de la ciudadanía– que alguien pueda perder su libertad por defender ideas democráticas y eso es la irresponsabilidad mayor que se ha hecho desde que somos, supuestamente, un país demócrata. ¿Hasta dónde estamos dispuestos a dejarlos llegar!●